

**LA ROSA AZUL.**  
**ELEMENTOS PARA UNA FENOMENOLOGÍA DE LAS FLORES**  
**EN LAS SOCIEDADES GLOBALIZADAS**

**Mónica Giardina**

Universidad de Buenos Aires, Argentina  
mngiardina@gmail.com

**Resumen**

A partir de la convicción de que la crisis ecológica debe mucho a la *hybris* de la racionalidad tecnocientífica la presente comunicación propone reflexionar acerca de la esencia de la técnica (*Ge-Stell*) tal como la piensa Martin Heidegger. Para ello, en primer lugar, se presentan brevemente los sentidos que esta palabra evoca en nuestro idioma y se señalan algunos aspectos de la impronta tecnológica en el lenguaje natural. En segundo lugar, el trabajo se interna en este fenómeno fundamental de nuestro tiempo, a través de mostrar las transformaciones que experimenta el cultivo de las flores en el marco de las sociedades globalizadas y en el seno de las investigaciones de la bioingeniería, para la cual la rosa azul es, sin duda, una de las hijas dilectas.

**Abstract**

From the conviction that the ecological crisis owes much to the *hybris* of techno-scientific rationality, this paper proposes a reflection on the essence of technology (*Ge-stell*), as Martin Heidegger's thought. To do this, first, we briefly discuss the ways that this word conjures up in our language and identify some technical aspects of imprinting in natural language. Second, the paper deepens into this fundamental phenomenon of our time, by showing the changes affecting the cultivation of flowers in the context of globalized societies within bioengineering research, for which, the blue rose is without doubt one of the beloved daughters.

**1. Sobre la esencia de la técnica o *Gestell* en M. Heidegger**

La cuestión de la técnica es el gran tema que ocupa a Martin Heidegger después de *Ser y tiempo*, el tema nuclear y articulador de todos los grandes

ejes de su pensamiento: desde la cuestión de la finitud, hasta la pregunta por el ser.

Algunos de los términos posibles para traducir *Gestell*, palabra con la que nombra la esencia de la técnica: "im-posición" (A. Carpio y Olazagasti), "estructura de emplazamiento" (E. Barjau), "engranaje" (R. Gabás), "dispositivo" (F. Soler), "andamiaje" (D. Picotti), "armazón" (C. Bado y M. Bazán). Enseña Heidegger que en la esencia de la técnica (la técnica del técnico, la técnica moderna o tecnología) impera un desocultar (en tanto modo de desocultamiento tiene que ver con el ser y con la verdad) que tiene el carácter de la pro-vocación. El verbo *stellen*, que significa tanto como "poner", "erigir" o "instalar", no remite en la interpretación heideggeriana a un poner cualquiera, sino sobre todo al "emplazar" y está emparentado, además, al verbo *bestellen*, que significa "encargar", "requerir", "poner a disposición". Es esta constelación de sentidos la que hay que tener presente cuando se dice que la naturaleza ha sido emplazada por el sujeto moderno a comparecer ante su voluntad<sup>1</sup>. El emplazamiento se registra en todos los niveles y puede asumir desde las formas más cruentas de explotación hasta las más sutiles.

Sin duda, el hombre lleva a cabo la provocación. Pero si bien esto es correcto, no es suficiente para comprender la esencia de la técnica que, lejos de ceñirse al plano óptico de las máquinas y artefactos, se articula en una dimensión ontológica. Aunque el hombre es ciertamente quien impulsa este desocultamiento provocador, en tanto participa en el proceso a partir del cual lo oculto se desoculta como mera existencia (*Bestand*), sin embargo no dispone de él. Y en este contexto afirma: "sólo en cuanto que el hombre, por su parte, está pro-vocado ya a pro-vocar las energías de la naturaleza, puede acontecer este desocultar establecedor"<sup>2</sup>. De modo que él también es arrastrado sin saberlo a lo meramente existente. Expresiones como "material" o "recursos humanos" son signos que hablan de cómo lo humano pertenece ya al ámbito de lo meramente existente. En el tránsito de la lección

---

<sup>1</sup> Afirma Heidegger en "¿Para qué Poetas?": "El querer aquí citado es la autoimposición, cuyo propósito *ya ha* dispuesto el mundo como la totalidad de objetos producibles". *Caminos de Bosque*, Madrid, Alianza, 1997, p. 260. Trad. Helena Cortés y Arturo Leyte.

<sup>2</sup> *Aportes a la filosofía. Acerca del Evento*, Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 111. Trad. D. Picotti.

tercera a la cuarta de *¿Qué significa pensar?*<sup>3</sup> aborda este tema a partir de preguntarse por lo que se esconde en la profusión de siglas que se incorporan al lenguaje cotidiano. En que las palabras se acorten y se reduzcan — incluso en algunos casos a la sílaba inicial— o se conviertan de pronto en fórmulas o siglas, Heidegger ve el anuncio del rumbo del lenguaje futuro.

Las pocas abreviaturas que menciona para ilustrar este proceso palidecen frente a la cantidad de tecnicismos que en poco tiempo han entrado en nuestros lenguajes naturales. La lección de 1953 toma otro relieve si atendemos, por ejemplo, a que el manual de psiquiatría actualmente en uso lleva por título DSM IV o que una epidemia deja de llamarse gripe porcina y toma de pronto el nombre impersonal y aséptico de A H1N1, o que las personas ya no padecen un derrame cerebral sino un ACV, o que existen ciudadanos ABC1 o niños que sufren de ADD y padres que están al borde del TOC mientras miran por TV CQC. Frente a la palabra, que siempre significa algo, la sigla no significa nada. Más que a significar, viene a borrar las huellas del sentido. La sigla no tiene el peso de la palabra, no posee tradición y, por ende, no arrastra prejuicios. Las siglas no son inocuas ni neutrales. En las siglas habla la esencia de la técnica. Como mera fórmula, a veces incluso alfanumérica, es fácilmente computable e intercambiable y no remite más que a sí misma. Pero las siglas no se muestran como lo que son, en su carácter de encubridoras del sentido. Por el contrario, brindan la máxima ilusión de inteligibilidad, como si todos supieran de qué están hablando, cuando, en verdad, ocurre más bien la inversa.

¿Por qué eludir las palabras o esconder los nombres, como en el caso de la gripe porcina? José Luis Borges escribe en un poema:

Si (como el griego afirma en el Cratilo)  
el nombre es arquetipo de la cosa,  
en las letras de rosa está la rosa  
y todo el Nilo en la palabra Nilo.<sup>4</sup>

Entonces, el peligro de la gripe porcina, para volver a nuestro ejemplo,

---

<sup>3</sup> Cfr. *¿Qué significa pensar?*, Buenos Aires, Nova, p. 35. Trad. Haraldo Kahnemann.

<sup>4</sup> Jorge Luis Borges, "El Golem", en *Obras Completas (1923-1972)*, Buenos Aires, EMECÉ editores, 1979, p. 885.

estaba ante todo en el nombre, porque el nombre evoca la cosa. Quizás, tarde o temprano, el animal, presente en el adjetivo de la gripe, hubiera exhortado al ser humano y seguramente lo hubiera remitido a los modos de producción de vida animal, al hacinamiento de los criaderos industriales y a la exigencia de crecimiento frenético a la que se los emplaza. Probablemente la exhortación del animal hubiera puesto en cuestión, además, el sentido último de la aceleración de todos los ciclos naturales, forzados a comparecer ante el tiempo de la industria, como se fuerza a ciertas flores a tener tallos más largos o más cortos según las necesidades de la industria del regalo. No parece posible por ahora, salvo en minorías, pero tarde o temprano el hombre tendrá que escuchar la llamada de la vida animal y vegetal, hoy subordinadas a las exigencias de lo gigantesco y la maquinación, para usar los términos con los que Heidegger, antes de acuñar el concepto *Gestell*, habla de los poderes avasallantes de la modernidad tecnológica.

Pero yo anuncié un título de rosas y resulta que ahora estoy hablando de siglas y de cerdos. Mejor pasemos a las flores y a su destino en la era de la técnica.

## **2. Fenomenología de las flores en las sociedades globalizadas**

En la era de la globalización, las flores pueden hacer un larguísimo camino, de una duración inconcebible hasta hace escasamente un siglo. Pongamos un ejemplo: una flor puede ser cosechada por la mañana en la ciudad de Quito (Ecuador); limpiada, clasificada y embalada por la tarde; luego, sumergida en una solución especial que la fortifica, es guardada por la noche en una cámara refrigerada y, al día siguiente, es empacada y sujeta a la caja de un camión frigorífico que la llevará al aeropuerto para seguir su recorrido intercontinental, con destino, por ejemplo, a Moscú. Casi un día más tarde, la flor aterriza y después de ser inspeccionada en busca de hongos, insectos o cualquier sustancia prohibida, retomará su viaje y hará dos o tres paradas más en depósitos, centros de distribución o mercados para ser trasladada desde allí a las florerías. Finalmente, quizá, llegue a las manos de un amante.

A veces las flores se detienen en Ámsterdam, donde son comercializa-

das en una gran subasta<sup>5</sup>, después de lo cual pueden viajar a lugares tan lejanos como la India. Es interesante analizar por qué las flores recorren miles de kilómetros para encontrar comprador en la subasta de Holanda. Interesante, digo, porque los que allí asisten —compradores y vendedores— afirman que, si bien el peso de la tradición holandesa en este comercio es determinante, también lo es, y no menos fundamentalmente, la necesidad espiritual del encuentro entre personas. El espacio-tiempo de lo virtual no todo lo puede y muestra su insuficiencia ante la necesidad que sienten las personas de encontrarse, de verse, y no menos, por cierto, ante el deseo de ver y tocar *in situ* el motivo de sus afanes.

Por su parte, tanto el florista como el ramo de flores que compra o vende dependen cada vez más de complejos cálculos y de la habilidad para manejar una cantidad de información abrumadora (derechos de patentes, acuerdos internacionales, precios de agroquímicos, cotización del dólar, costos de la mano de obra en China, avances de la ingeniería genética, datos meteorológicos, etc. (una tormenta imprevista en una ciudad latinoamericana puede afectar la oferta en un día festivo de Dinamarca, mucho después de producida la tormenta). Por eso, es probable que el gigantismo en este ámbito no perdure demasiado y que más temprano que tarde se retorne al cultivo local. Menciono estas cosas porque, tanto en la necesidad del encuentro personal —al que los seres humanos difícilmente quieran renunciar— como en las características propias de las flores —en cuanto a su breve vida y a la posibilidad de mantenerse lozanas durante un tiempo prolongado— veo algo del orden de la resistencia al creciente proceso homogeneizador de lo global. La debilidad es aquí al mismo tiempo la fuerza: las flores resisten precisamente porque son frágiles y efímeras.

Hasta hace apenas un siglo, casi todas las flores eran cultivadas en las casas y en las afueras de las ciudades. Luego, antes de que se marchitaran eran llevadas rápidamente al mercado. Las limitaciones geográficas han desaparecido y con las innovaciones tecnológicas de todo tipo —desde téc-

---

<sup>5</sup> Se trata de la casa de subastas más grande del mundo, el Bloemenveiling Aalsmeer, al que cada día llegan aproximadamente veinte millones de flores que desfilarán en más de cien mil carros ante la mirada atenta de compradores, vendedores y miles de turistas.

nicas de cultivo hasta sofisticados sistemas de refrigeración y de transporte—, la reducción de las barreras comerciales y la apertura de las economías, la mayor parte de las flores están incorporadas a la industria global. Todo este proceso ha hecho que hoy sean más accesibles pero también más parecidas a una mercancía de producción masiva anónima y ya nada fragante<sup>6</sup>.

### 3. La rosa azul

La naturaleza ha sido pródiga en el reparto de colores. Junto con el verde, el azul es uno de los que más presentes. El cielo y las aguas lo tienen en todos sus matices. Como el blanco, el azul simboliza lo espiritual y trascendente (de hecho, ha sido el color elegido por el arte cristiano para representar el manto de la virgen). Incluso lo fantástico e ilusorio es imaginado muchas veces de azul. En la naturaleza, además del agua y el cielo, lucen azules diferentes variedades de piedras y de flores, entre las que no se encuentran las rosas. Precisamente, la imagen de la rosa azul es la representación de lo imposible. Las rosas naturales no pueden ser azules porque no poseen el pigmento que produce el azul (delfinidina). Las hay de casi todos los colores, incluso algunas son de un borgoña tan profundo que hasta parecen negras, pero no las hay azules.

Es sabido que para los occidentales la rosa no es una flor como otras, son las elegidas desde antaño para expresar los sentimientos más inefables. Asociada en tiempos remotos al círculo, como figura de la totalidad y de lo eterno, el mito las ha situado junto a dioses y ninfas y ha encontrado en ellas reminiscencias de la sangre y el vino. Espléndidas, fragantes, frágiles, han sido coronadas reinas sin disputas. Como todas las flores, la rosa es

---

<sup>6</sup> Pocas flores sobreviven a la industria global; sólo las más perdurables pueden hacerlo. Existe una variedad de rosas, llamadas "impulse", de un color naranja muy brillante, de muy buen porte y con tallos de hasta 1,80 metros. Se cultiva en invernaderos ecuatorianos con métodos que están reconocidos por sus prácticas ecológicas y socialmente responsables. Esto no es un dato menor porque ofrecer flores ecológicas no es tan sencillo. Esta variedad es considerada como una maravilla del cultivo moderno de rosas, no sólo por lo espléndido de su aspecto sino porque puede ser lo suficientemente fuerte como para resistir el transporte alrededor del mundo, aunque en él, claro está, deba renunciar a su fragancia. Cfr. Amy Stewart, *Flower Confidential: The Good, the Bad, and the Beautiful in the Business of Flowers*, Carolina del Norte, Chapel Hill, 2007.

también un símbolo de lo receptivo, de la sumisión al cielo y a la tierra, a la lluvia y al sol, pero más marcadamente que otras, quizá por su hermosura siempre efímera, las rosas simbolizan sobre todo la fugacidad del tiempo y de la belleza y son, en este sentido, testimonios vivos de la finitud.

Atraídos por la fascinación de lo imposible, varias generaciones de floricultores intentaron lograr la rosa azul y para ello acudieron a todos los métodos de hibridación tradicionales posibles. Pero después de años de esfuerzos y desvelos, apenas si obtuvieron una rosa malva, a la que, un poco como consuelo, le dieron el nombre de "rapsodia en azul". Es que el azul no está naturalmente en las rosas. Se trata de un límite natural muy preciso y no hubo alquimia que lo pudiera alterar. Pero hoy ya no ocurre lo mismo. Para la ingeniería genética del presente, la naturaleza ha dejado de ser el límite y si algunos obstáculos se interponen aún al conocimiento y dominio total de sus secretos se tiene por seguro que éstos irán cediendo al ritmo de las investigaciones. Así es como a partir del siglo veinte la naturaleza se ha ido convirtiendo en un campo de experimentación de imposibles, del que no quedaron afuera ni siquiera las rosas.

#### **4. La pasión de la rosa**

Apenas unas décadas de investigaciones y decenas de millones de dólares mediante, genetistas moleculares han llevado a cabo el prodigio, y lo que no pudieron alcanzar los amantes de las flores lo lograron las empresas científicas. La rosa azul ha sido finalmente producida en el seno de un laboratorio y como resultado de precisos cálculos de combinaciones genéticas<sup>7</sup>. ¿Cómo fue posible este imposible natural? Esquemáticamente considerado, el procedimiento técnico consiste en lo siguiente: se separan los genes de otras flores, como pueden ser las petunias o los lirios o las nomeolvides — que sí poseen el pigmento que forma el azul—, se los clona y se los introduce luego en el mapa del genoma de la rosa "objetivo", así llamada en la jerga científica. Claro que no es tan sencillo obligar a la naturaleza a que cambie el color de sus rosas, que insisten con obstinación en seguir el camino

---

<sup>7</sup> La multinacional japonesa Suntory y la austrasliana Calgene Pacific (Florigene) son las que llevaron a cabo el proyecto que, el 20 de octubre próximo pasado, se anunció al mundo

de su ruta metabólica, ya trazado *in illo tempore*. De modo que con el aporte de los genes de sus compañeras no fue suficiente y se necesitó más que eso para imponerles finalmente el azul a las rosas. Entonces se creó una compleja tecnología que, además de garantizar la introducción de los genes prestados, cumpliera la función de acallar aquel mandato originario que ordena a la rosa a seguir obedeciendo a los pigmentos de siempre —vale decir que se creó una técnica cuya función es la de silenciar el impulso natural de la flor y poder así emplazarla a producir azul. Se trata de una operación quirúrgica de silenciamiento; y en este nombre no hay nada de metáfora pues esto se logra a través de la incorporación de un gen artificial, llamado “silenciador”, cuya misión reside precisamente en “silenciar” la voz de la naturaleza para que se someta al proyecto-diseño prefijado. Recordemos aquí que la “dirección” y el “aseguramiento” son, según Heidegger, los rasgos definitorios del hacer salir de lo oculto propio de la técnica moderna. En este sentido, y prestando más atención a la constelación de significados que a la literalidad del grafema, creo que otra traducción posible para *Ge-stell* sería la de “intervención”, ya que “intervenir” no sólo remite al “tomar parte” o “actuar junto a”, sino al “operar”, en el sentido quirúrgico que posee el vocablo en el contexto de la medicina. Además, “intervenir” también es “inmiscuirse” y “fiscalizar” e incluso contiene el significado de “impedimento” o “embargo”. Hay en esta empresa de la rosa azul, sin duda, mucho de desafío y de soberbia, derivados quizá de una capacidad ingenieril sin límites, pero hay mucho más aún de lucha contra la muerte. Dice Heidegger en *¿Para qué poetas?*: “La autoimposición de la objetivación técnica —de naturaleza separadora— es la negación permanente de la muerte”<sup>8</sup>.

Afirma Heidegger en *La Pregunta por la técnica* acerca del procedimiento técnico que, primero, el hombre saca a la luz la energía oculta de la naturaleza; luego, lo sacado a la luz es transformado; lo transformado, almacenado; lo almacenado, distribuido; y, finalmente, lo distribuido, es solicitado como mera existencia (*Bestand*) o reserva de un stock<sup>9</sup>. En el mismo

---

a través de Internet.

<sup>8</sup> “¿Para qué Poetas?”, en *Caminos de Bosque*, p. 273.

<sup>9</sup> “La pregunta por la técnica”, en *Conferencias y Artículos*, Barcelona, Odós, 1994, p. 18. Trad. Eustaquio Barjau.

texto se lee:

Cuando el hombre, investigando, contemplando, va al acecho de la naturaleza como una zona de su representar, está ya bajo la apelación de un modo del hacer salir de lo oculto que lo provoca a abordar a la naturaleza como un objeto de investigación, hasta que incluso el objeto desaparece en la no-objetualidad de las existencias.<sup>10</sup>

En otro pasaje asevera:

Ahora hasta el cultivo del campo ha sido arrastrado por la corriente de un cultivar de otro género, un cultivar (encargar) que emplaza a la Naturaleza. La emplaza en el sentido de la provocación.<sup>11</sup>

Cuando el hombre emplaza la rosa, la rosa deja de ser cosa para convertirse en objeto, y luego éste pierde asimismo la objetualidad para disolverse en la mera disponibilidad del producto. A diferencia del traer-ahí-delante propio de la *poiésis*, que no provoca sino que más bien acompaña y amplía las posibilidades naturales dadas, sin alterarlas hasta deformarlas, el de la técnica moderna es el traer-ahí-delante del emplazamiento. "Al aire se lo emplaza a que dé nitrógeno, al suelo a que dé minerales, al mineral a que dé, por ejemplo, uranio, a éste a que dé energía atómica"<sup>12</sup>, y así en más. No importa aquí —lo que no quiere decir, obviamente, que no importe en absoluto— si la energía sacada a la luz será utilizada para el bien o para la destrucción. Heidegger enseña que el mero análisis de los resultados impide el acceso a un cuestionamiento más libre por la técnica y por su esencia: el peligro. Por eso, las interpretaciones instrumentalistas o antropológicas, que ubican a la técnica en la cadena de medios y de fines, no son falsas o incorrectas, sino insuficientes; insuficientes, al menos, para pensar radicalmente la técnica, esto es, en clave ontológica y no óptica. Esta perspectiva se impone, porque si, mucho más que un medio, la técnica es un

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 21.

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 17.

<sup>12</sup> *Idem*.

modo de ser en el mundo, entonces su referencia al ser y no sólo al ente es insoslayable. Esto es otro modo de expresar que la esencia de la técnica no es nada técnico y que sería inútil buscarla en el *maremagnum* de artefactos y dispositivos porque ellos son sólo el rostro visible de aquello oculto que ha hecho posible que estén ahí. Inquietante y misteriosa, la técnica se esconde tras sus logros y no se muestra como peligro. El peligro puede ser hechizante y encantador, como una rosa azul.

## 5. El peligro y la salvación

Desde la ciencia se asegura que el experimento de la rosa azul no representa riesgo alguno para la salud ni para el ambiente, pero, por el sentido, el derecho y los límites de la intervención humana en la naturaleza la ciencia no se interroga. Lo grave, dice Heidegger, es que esta falta de cuestionamiento acontece en el momento en el que ya nada queda fuera de la intervención humana; son sólo cuestiones de cantidad de tiempo, espacio y fuerza<sup>13</sup>. Pero, lo grave no es que ya no se conciba nada oculto, lo grave es que el ocultarse como tal deje de ser admitido como un poder determinante.

Heidegger nos obliga a tomar distancia del pensamiento unilateral. En nuestro tema esto significa el no dejarnos embarcar en ninguna de las tesis fáciles del optimismo o del pesimismo con las que suele tratarse la cuestión tecnológica porque, en cualquier caso, no están ni pueden estar a la altura de las circunstancias. Es cierto que vivimos en la época en la que todo puede ser hecho sin más límites que los que fija la voluntad humana; y es cierto, además, que ésta ha sucumbido desde hace tiempo a dos poderes imperiosos que no conocen timidez o pudor algunos: lo gigantesco y la maquinación o, dicho en una fórmula, que desde hace tiempo la voluntad no es más que voluntad de voluntad. Pero el peligro, aún el de la esencia de la técnica, que es el máximo peligro, es anuncio también de lo que salva. Sólo que para aproximarse a lo que salva primero habrá que advertir el peligro como el peligro que es. Y para eso, afirma Heidegger, el hombre tendrá que llegar a

---

<sup>13</sup> Martin Heidegger, *Aportes a la Filosofía. Acerca del Evento*, Buenos Aires, Biblos, 2003, p. 111. Trad. Dina V. Picotti C.

comprender que en su hacer y omitir él también está provocado y que también él ha sido emplazado por la llamada provocante de la técnica. Por eso, y porque hablar de la técnica —como dijimos en otro lugar— es hablar del ser, lo que salva no podrá provenir de nada externo sino del peligro mismo.

## 6. El crepúsculo y el nuevo día

Si bien en todas partes hay acción efectiva y por todas partes se impele al hombre al cálculo, a la utilización, al rendimiento, a la velocidad, y ya casi en ninguna parte hay un hacer mundo del mundo, hay, sin embargo, aunque olvidado, el ser. Por eso, el obrar que hoy requiere el presente no tiene nada que ver con la capacidad para generar efectos, sino más bien, con ese otro sentido de la palabra "obrar" que Heidegger despliega en *Carta sobre el humanismo*. Precisamente, este obrar no evoca ninguna acción efectiva sino más bien un "dejar-ser", por el que la cosa es reconducida a la plenitud de su esencia en el acontecimiento del mundo. No olvidemos que Occidente (*Abendland*) también significa el país del crepúsculo. "El crepúsculo (interpreta Heidegger) no significa, en absoluto, necesariamente el ocaso. También la mañana tiene su crepúsculo y con él amanece el día. El crepúsculo es al mismo tiempo un levante"<sup>14</sup>. Por eso, y porque el pensar obra en cuanto piensa, afirma Heidegger que la tarea filosófica del presente consiste sobre todo en meditar y, meditando, prestar atención a lo simple. Dicen los que vieron la rosa azul que aún luce más lavanda que azul. Acaso en esta insistencia nos esté diciendo algo; sólo se trata de poder escucharla.

---

<sup>14</sup> Martin Heidegger, "El habla en el poema". Una dilucidación de la poesía de Georg Trakl, en *De Camino al habla*, Barcelona, Odós, 1990, p. 40. Trad. Yves Zimmermann.